

y de mi fe el galardón,
creyendo en mis desvaríos
ver al través de su horror!
Mas ya por la misma senda
tan sin esperanza voy,
que falta en torpe letargo
en mi juventud precoz,
el vuelo á mi pensamiento,
y el ansia á mi corazón;
y sin admirar, cantando
vuestra grandeza, Señor,
falta entusiasmo á mi pecho
y falta canto á mi voz.
Y pues que en vano me canso,
id, esperanza, con Dios,
y apagad de vuestra antorcha
el peregrino fulgor,
que aquí me quedo llorando
de mis cantares al son,
una jornada perdida,
huyendo de otra peor.
Y aunque impía me engañaste,
sepultando mi ilusión,
al llevarme fascinado
con tu destello traidor,
recibe el último vale
del que te da su perdón
desde este páramo yerto
donde no nace una flor.

¿Y adónde vos, engañados,
en tan ciega confusión,
camináis, hermanos míos,
treguas prestando al dolor?
Si vais como yo marchando,
lleno de fe el corazón,
creyendo tras el sepulcro
pasar á vida mejor,
doblad como yo la frente,
tened el paso veloz,
que por sentencia de Él mismo
para nosotros no hay Dios.
Mas no, seguid vuestra senda
al mágico resplandor
con que la dulce esperanza
vuestra niñez alumbró,
y ¡oh, si afanado corriendo
de vuestras huellas en pos,
por su destello alentado
pudiera segueros yol...

EL ALMA EN PEÑA

Advertencia.—El objeto que me he propuesto al bosquejar esta tragedia, es el de agitar una cuestión que se puede convertir en filosófico-religiosa.

No presento más que una pequeña fase del cuadro que me había propuesto desarrollar, porque para su total desempeño me han faltado fuerzas, solicitud y tiempo. Esto, sin embargo, no destruye la existencia de la idea primordial, pues aunque estuviera engalanada con accesorios más ó menos importantes, y el plan hubiese correspondido á la vasta idea que me formé de él en un principio, el fondo siempre hubiera quedado el mismo.

La cuestión está reducida á lo siguiente:

«¿La voluntad, reguladora de nuestros actos físicos y morales, obra por sí misma con absoluta independencia, ó lo hace á impulsos de una providencia superior?»

Jamás he podido convencerme de las razones de los que han pretendido probarnos que carecemos de libre albedrío, y que todos nuestros actos están regidos por la omnipotente mano de Dios. Si esto fuese así, sería necesario confesar que Dios hacía un ayo sobradamente descuidado, porque tales cosas hace el hombre que desacreditarian su augusta dirección.

¿Y quién es el necio que, por otra parte, cree que, abandonados á nuestros propios deseos, vivimos, crecemos y nos multiplicamos ni más ni menos que los animales de un orden inferior? Esta teoría, en mi concepto, era suficiente para hacer morir de hastío á cuantos presumiéramos de tener sentido común. Se me dirá que, al darnos Dios el libre albedrío, nos concedió un instinto de percepción que distingue lo bueno de lo malo, y que, por consiguiente, somos responsables de nuestros actos, en cuanto obramos con conocimiento de causa; pero esto, á lo más, no pasa de ser una argucia escolástica, porque si los alientos espirituales se hallan subyugados por los estímulos de la carne, poco importa que la Omnipotencia nos haya dado entonces el don de conciencia, pues sería lo mismo que enseñarle á un hambriento el pan inaccesible á su estómago. Doy por supuesto, que no lo creo, que en las batallas interiores tengan el mismo grado de intensidad el espíritu y la materia para ganar la victoria: el que por último quede vencido, aquel será menos fuerte, y el castigarle por su impotencia sería una iniquidad. No es mi ánimo en este lugar prejuzgar la justicia ó injusticia de la suerte ulterior que nos espera, y sólo trato de manifestar que, así como no me contenta ver á Dios encargado de velar sobre nosotros con un eterno puplaje, me repugna en extremo hallarme con un albedrío que, á pesar de mi conciencia, ha de ser arrastrado por el sentido más loco.

Y si por una parte es absurdo pensar en la intervención directa del cielo, y por otra demasiado desconsolador tener por nuestros únicos móviles las eventualidades del acaso, ¿cuáles son los medios por los que nuestra naturaleza debe estar en relación con el alto fin para que ha sido creada?

Un espíritu que se filtra en el corazón de los actores tomando alternativamente las diferentes formas de un sueño, de una memoria, de un placer, de un dolor, de una esperanza, de un presentimiento, es el resorte invisible que determina las acciones de este drama; pero semejante medio es indeterminado, local, raquítico. Basta para desarrollar esta composición, pero no cumple con el objeto que me había propuesto. La cuestión, por consiguiente, queda indicada, pero no resuelta. Falta hallar otro eslabón más aéreo que éste, infinitamente más universal, que abrace todos los actos de la existencia de los hombres hasta sus últimos pormenores; que no se aplique á él un caso dado, sino que él sea aplicable á todos los casos. Es menester, en fin, hallar la identidad de ese ser misterioso ante el cual nuestra voluntad es una esclava, á quien unos llaman *sino*, otros *hado*, otros *estrella*: que se insinúa en el corazón por caminos desconocidos, que excita nuestros instintos de un modo tan invisible, que á veces nos fuerza á hacer lo contrario que anhelamos. En la conciencia de la humanidad hay un sentimiento constante de atribuir el buen ó mal éxito de sus acciones á un director espiritual, y si al cruzar el erial del mundo tiene el hombre una convicción tan profunda de que jamás marcha solo, ¿quién es entonces ese duende que le acompaña?...

Abandono la resolución de este problema, porque me parece de la mayor importancia, y digna por lo mismo de que se ocupe de ella otra pluma más diestra que la de un pretense filósofo de veintitrés años.

EL ALMA EN PEÑA

PERSONAJES: Irene (*Alma en pena*).—D. Luis de Castro.—Elvira.—
D. Pedro de Lara.—Ana

PRIMERA PARTE

ÁNGEL-DEMONIO

I

MORIR AMANDO

Tenía Irene un amante,
y aunque al amor no se aviene
la firmeza del diamante,

fué esta vez la más constante
de las amantes, Irene.

Siempre vivió entre ilusiones,
hasta que extinguió su vida
el fuego de las pasiones;
que en amantes corazones
quien bien ama, tarde olvida.

Y sin que en rudos amaños
un pecho tan inocente
turbasen los desengaños,
así pasaron sus años,
uno, diez, quince, hasta veinte.

¡Dichoso el que así camina
por márgenes deleitosas
en ilusión peregrina,
sin que haya entre tantas rosas
para su planta una espina!

¡Feliz la que tantas veces
la copa del gusto asiendo,
dando á sus amores creces,
jamás apuró, bebiendo,
de un desengaño las heces!

¡Bien haya el enamorado
que ve con ojos enjutos
á los que, mal de su grado,
pagando al amor tributos,
gimiendo van á su lado!

¡Y, aunque pese á sus intentos,
son del destino traiciones,
que unos alcemos lamentos
al compás de las canciones
que entonan otros contentos!

Dígalo Irene, que amando
con tan livianos empeños,
jamás con impulso blando
nubló un fantasma pasando
la nitidez de sus sueños.

Bien hizo, con ansia poca,
soñar desterrando enojos,

aunque á cada idea loca
se apagó un rayo á sus ojos,
y perdió un clavel su boca;

que es mejor que la mejilla
se nos descolore á plazos,
que ir dejando con manchilla
de nuestra senda á la orilla
el corazón á pedazos.

—¡Pobre Irene!—exclamó un día
su madre al ver que inocente
muriendo se sonreía;
y al verla morir, la gente,
—¡Pobre de Irene!—decía.

Dejadla, que así muriendo,
será más feliz su suerte.
¿Qué más quisierais, que yendo
hacia vosotros la muerte
os asaltase durmiendo?

Dejadla, y no turbe alguno
su ilusión con loco empeño,
pues no ha de darla ninguno
más que un adiós importuno
al despertar de su sueño.

Más lejos, turbas galanas
de amantes, que en la locura
de vuestras mentes livianas,
quisisteis hacer hermanas
la desgracia y la hermosura.

Necios los que en sus paredes
escribís, porque no asoma
á dispensaros mercedes:
«¡Ay de la bella paloma
que gime entre ocultas redes!»

Dejad á Irene que duerma,
buenos doctores, en calma;
porque se os muere la enferma
si vuestro saber no merma
males del fondo del alma.

Y vos, piadosos varones
que veláis su último instante,
no perdáis las bendiciones
en quien da vuestros perdones
por un mirar de su amante.

Y cuide aquel que la infunda
que sólo rinde á precitos
de amor la torpe coyunda,
no sea que aun moribunda
le arroje á la faz sus ritos.

Calle, si en fiera agonía
rotos tan íntimos lazos,
llora su madre este día.
¡Oh, si al nacer, en los brazos
muriera yo de la mía!

Cuantos á Irene han querido
mitiguen duelo tamaño:
que lanza el postrer gemido,
mas no lleva el pecho herido
por el primer desengaño.

¡Del mundo torpes extremos!
¡Que nos reciban cantando
cuando llorando nacemos,
y aun cuando al morir cantemos
nos han de dejar llorando!

Callad; y pues que su holganza
á nuestro dolor prefiere,
¡dichoso el que en bienandanza
da al mundo un adiós y muere
en brazos de la esperanza!

II

EL ALMA EN PENA

Los sobresaltos y dudas
que nuestro pecho combaten
al ver á algún ser querido
que, presa de ocultos males,
gime en un lecho, y se siente
desfallecer por instantes,

cuando los dulces recuerdos
de sus primeras edades
dan pábulo á su existencia
para extinguirla más antes,
sólo en las funestas horas
de tan apurados lances,
aquel que vela á su lado,
porque lo siente, lo sabe.

Así de la triste Irene
la desconsolada madre,
que poco á poco de aquélla
ve la existencia apagarse,
víctima junto á su lecho
de tan íntimos pesares,
inunda el suelo de llanto
y el viento enciende con ayes.

¡Terrible suerte por cierto
la de la anciana, que en balde
prodiga á su hija adorada
el colmo de sus afanes,
sin que á coartar el vuelo
de aquel espíritu basten,
pues de continuo embebido
en la ilusión de una imagen,
existe, goza y discurre
por las regiones del aire,
siempre esquivando los lazos
de la prisión de la carne,
y siempre anhelando un mundo
de espíritus celestiales!

Tendió una vez su mirada
á la luz pálida que arde,
y al ver de Irene tranquilo
el amoroso semblante,
y una convulsión ligera
que plácida le contrae
como si en sueño tan dulce
la hiciera sonreír alguien,
desfallecida, su rostro
en pesadumbre tan grande
dejó caer sobre el lecho,
lágrimas vertiendo á mares.

Parte entregada al desvelo,
y al sueño entregada en parte,

muellemente fluctuando
entre tan dulces mitades,
quedó la madre de Irene
en un éxtasis suave,
llorando de uno ilusiones,
de otro sintiendo verdades.
Y ya una vez tan ilusa
seres forjaba ideales,
que creyó ver en su insomnio
al lado de Irene un ángel,
el que cubriéndola alegre
con sus ligeros cendales,
como si tal vez con ellos
su espíritu aprisionase,
próximo á romper acaso
del cuerpo humano la cárcel,
ligeramente al oído
la murmuró este mensaje,
el cual traspuesta la anciana,
creyó escuchar delirante:

—Alma, ¿á qué llamar al cielo?
Dios á sufrir te condena.
Aun no es tiempo: acorta el vuelo;
vaga por el mundo, y pena.

»Si en ti no alcanzan victoria
hoy de Luzbel los intentos,
aun para entrar en la gloria
te faltan merecimientos.

»Tu amor fué una idolatría.
¡Sombras del mundo engañosas!
¡Ay del que no ama, hija mía,
á Dios ante todas cosas!

»Si á una luz engañadora
creíste al mundo tu amigo,
Dios te destierra á él ahora.
¡Duro es, Irene, el castigo!

»¡Por cada esperanza vana
tendrás desengaños, celos...
mas sufre, que nadie gana
sin expiación los cielos!

»Por el ser que fué tu encanto
vela hasta su hora postrera:
sigue sus pasos, y en tanto
padece, Irene, y espera.»—



Y al mismo tiempo empezaba
del cuerpo de Irene á alzarse
una celeste figura
diáfana, bella, radiante...

(EL ALMA EN PENA.)

La cabra sin ramal los fué siguiendo,
mas siguiendo tan cerca al cabritillo,
que los pies por detrás le iba lamiendo.

(LOS HIJOS Y LOS PADRES.)

Y creyendo en su delirio
estas ilusiones reales,
despavorida la mano
tendió hacia Irene al instante,
y al ver de su tez la nieve
y de sus ojos el mate,
fría enmudeció su lengua
y yerta quedó su sangre,
desplomándose transida,
sin dar de vida señales,
del fruto de sus entrañas
sobre el helado cadáver.

Y al mismo tiempo empezaba
del cuerpo de Irene á alzarse
una celeste figura
diáfana, bella, radiante,
con formas tal vez marcadas,
pero sin formas bastantes
con que dar á sus contornos
ni á sus perfiles carácter.
Vaga confusión de nieblas,
de aromas, de luz y de aire,
que á todas imita, y todas
carecen allí de parte;
cuyas esencias son sólo
las que al espíritu atañen,
y cuyo ser en la mente
se engendra, alimenta y cabe.
Fantasma que, concebido
por un delirio suave,
siempre á la torpe influencia
de los sentidos se evade,
y que brilla abandonado,
débil, tibio, agonizante,
como sombra de otra sombra,
como imagen de otra imagen...

Adiós, alma perdida,
que con incierto afán y dicha incierta,
cruzarás dolorida
la senda de la vida,
estando ya para los vivos muerta.

No descorras liviano
el velo que nubló tu afán perdido:
ten, Irene, la mano,
porque es el pecho humano
hueco infernal de víboras henchido.

¡Cuántas sombras amadas,
consagrandó al amor sus verdes años,
vagarán desterradas,
de quimeras sembradas,
cogiendo, como tú, los desengaños!

Si hallases por el viento
seres que fueron mi pasada gloria,
cuéntales mi tormento,
por el dolor que siento
al relatar tu plañidera historia.

Di que sus ayes vanos
nadie oye aquí, porque los turban luego
los rumores insanos
de esos monstruos humanos
que el mundo van talando á sangre y fuego.

Si tal vez doloridos
quieren herir la mundanal conciencia,
que apaguen sus gemidos,
porque á muertos y á idos,
sepulcros del amor labra la ausencia.

Tan sólo yo, viviendo,
vuestro clamor enamorado escucho.
¡Quién me diera á ese estruendo
corresponder, rompiendo
la cárcel vil en que afanado lucho!

III

DESENGAÑOS

Don Luis.—Elvira.—El alma en pena

Los pies sobre el pavimento,
las sienes sobre una almohada,
contra un sofá reclinado,
don Luis de Castro descansa.
En tal actitud no hay sueño,
trasgo, ilusión ni fantasma,
que no nos hiera la mente,
ó no nos divierta el alma.
Graves, tristes ó risueñas,
juntas ó desparramadas,
se ven circular visiones
en rápido panorama,
que ya del hondo sepulcro
de nuestros recuerdos se alzan,
ó ya desde un falso oriente

las aborta la esperanza;
y por eso se oyen cantos
que hallan eco en las entrañas,
y se ven tiernos semblantes
que fuego en las mismas hallan;
y todas se miran y oyen,
y todas en lontananza,
con rasgos de verdaderas
y caracteres de falsas,
como si fuese otro mundo,
que sostenido en el aura
va, viene, se agranda ó acorta,
para, gira, sube ó baja,
que hastía, alegra ó entristece
á gusto del que lo alcanza.

Se abrió de pronto una puerta,
y, apareciendo una dama,
un diálogo de improviso
ella y D. Luis así entablan:

ELVIRA

¡Luis!

LUIS

¡Elvira!

ELVIRA

Irene ha muerto.

LUIS

¿Ha muerto?

ELVIRA

¡Desventurada!

LUIS

¡Dios la tenga en su morada!

ELVIRA

¿Lo sientes?

LUIS

No.

ELVIRA

¿Cierto?

LUIS

Cierto.